

Ernesto Montenegro.

RECUERDO DE GOETHE

(N. en Francfort, el 28 de Agosto, 1749. † en Weimar, el 22 de Marzo de 1832).

Aun siglo justo de la muerte de Goethe, su influencia espiritual continúa más viva en nuestra época que la de cualquiera de sus contemporáneos. No hace más de veinte años, escribía el crítico inglés J. G. Robertson:

Goethe es una de esas personalidades proteicas (*camaleónicas*, dice textualmente el original) que van cambiando de valor y significado de generación en generación.

La amplitud y la plenitud de la vida y la obra de Goethe justifican en buena parte esta supervivencia; pero fué a no dudarlo la facultad de renovarse y transformarse a lo largo de sesenta años de producción condensados en sesenta volúmenes, lo que dió a su genio la influencia fecunda que hoy mismo se advierte en pensadores y artistas de la talla de Spengler y Keyserling.

En la ancha perspectiva de un siglo, la personalidad de Goethe asume las proporciones de un vasto panorama, donde caben desde las altas cumbres de la tragedia hasta los valles asoleados del poema pastoral. De la leyenda medioeval de *El Caballero de la Mano de Hierro* pasa a escribir la historia romántica del joven Werther; hace luego revivir el molde clásico en *Ifigenia* y vuelve prontamente a su época con *Clavijo*

y *Stella*. Antes de los treinta años ha escrito ya la primera versión de su poema cósmico *Fausto*; abraza la novela de costumbres en *Los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister* y la novela psicológica en *Las Afinidades Electivas*.

Pero meras palabras no pueden dar una idea del vigor y la intensidad del genio de Goethe. Es una naturaleza en continuo transporte, un cerebro en constante *enfantement*. Escribe el *Werther* en algunos días; otro tanto le toma la composición de su poema *Hermann y Dorotea*; se ocupa con frecuencia de investigaciones mineralógicas y de física; administra al mismo tiempo como primer ministro el ducado de Weimar, es director de su teatro y de la Universidad y la Biblioteca de Iena; recorre las orillas del Rhin, Suiza e Italia, participa en las fiestas de la corte, recibe innumerables admiradores, y en medio de todos estos afanes y distracciones debemos situar la composición de millares de poesías líricas, epigramas y notas para sus memorias, aparte una de las más voluminosas correspondencias que haya mantenido un hombre de letras.

Con todo, no podría fundarse en lo prolífico y vario de su facultad creadora el fenómeno que hoy más nos interesa; su persistente vitalidad; porque esa obra, con ser muy rica en ideas y por lo general perfecta de forma, resulta harto profusa y con frecuencia obscura para el lector ordinario. Es más bien el espíritu de Goethe y la significación de su obra lo que mantiene activo hasta hoy el efluvio de su personalidad.

En una palabra, es lo humano que trasciende en su obra lo que despierta un eco en nuestro tiempo. Desvanecida la impresión de la impasibilidad de Goethe, al desaparecer su personalidad física, voluntariosa y dominadora, se transparenta luego a través de su obra una emotividad acendrada por su voluntaria reserva. Lo explica él mismo cuando en el curso de una de sus

Conversaciones, advierte que las personas más sensibles son las que se envuelven en una apariencia más impenetrable de impasibilidad, por lo mismo que sufren con mayor violencia el choque emocional del ambiente.

La manifestación inmediata de esa *humanidad* de Goethe, se halla en la propia antinomia de su temperamento, tanto como en lo paradójal de su expresión. Goethe comienza por ser un producto de los contrarios: un padre huraño y rudo, descendiente de artesanos, y una madre de naturaleza efusiva y espíritu cultivado. Lo atestiguan sus versos, con ese acento entremezclado de vigor y de ternura que constituye su más alto don de poeta lírico:

Wom Vater hab' Ich die Statur,
Des Lebens ernstes Führen;
Vom Mütterchen die Frohnatur,
Die Lust zu fabulieren.

Nacido a las orillas del Main, en una ciudad ensombrecida y oprimida aún por sus murallas medioevales, véase obligado por complacencia con las ambiciones tiránicas de su padre, a seguir estudios de leyes, para llegar a una graduación precaria. En una tierra protocolar como la alemana, donde su dignidad de burgués de cuestionable origen podía estar a la merced de cualquier hidalguillo, Goethe comienza temprano por hacerse una coraza de orgullo a la medida de su genio incipiente. A los que critican o se burlan de su pose, les advierte: «Ahora me distingo por esto; más tarde será por algo más». Y en sus años maduros había de explayar este sentimiento del respeto fundamental de sí mismo en un apotegma digno de su maestro Spinoza, diciendo que existen tres formas de reverencia: la que se debe a lo que está por encima de nosotros; la que corresponde a los que quedan por debajo de nosotros,

y la que merecen nuestros iguales, todo lo cual se condensa en la reverencia que os debemos a nosotros mismos.

En el arte, esta doctrina tiene su aplicación inmediata en la sinceridad, que es la forma subjetiva de lo verdadero.

Toda mi obra no es más que un fragmento de una gran confesión,

dice en sus memorias *Ficción y Realidad*. Pero en otra parte hemos de tropezar con esta advertencia:

Todo lo que aquí hay ha ocurrido; por eso no quiere decir que haya ocurrido como aquí se cuenta.

Esta tendencia sistemática sin rigorismo, este individualismo sabiamente sometido a las fuerzas superiores de la vida («La Naturaleza tiene siempre la razón») esta elasticidad mental y emocional es sin duda lo que hace la eterna juventud de la personalidad de Goethe.

Hay un punto discernible en esta armadura, que no hace sino revelarnos lo más humano: es su horror de la muerte, que se manifiesta en la vehemencia con que rehusa una y otra vez ver el cadáver de cualquiera de las personas que le fueron queridas. Y, sin embargo, al acercarse su propio fin, su mirada y su pensamiento encaran serenamente la sombra que se tiende ya sobre su largo camino, sin pensar en repetir al instante pasajero la suplica de Fausto:

«Detente todavía: eres tan bello!»

Por el contrario, su alma ya serenada como en un remanso en el linde de los ochenta años, parece mirar con sonrisa comprensiva la ley fatal de la renunciación. En su juventud inició las disciplinas del espíritu con-

trariando las debilidades instintivas; domó su horror enfermizo del ruido siguiendo a la banda de trompetas y timbales en las retretas de Francfort; venció más tarde el vértigo trepando a lo más alto de la aguja gótica de la catedral de Estrasburgo, y, por último, en la campaña de Francia, salió de a caballo a exponerse a las balas, hasta comprobar con orgullosa satisfacción que su pulso se mantenía inalterable. Pues bien, ahora en su vejez, cuando debe renunciar al amor y echarse a un lado del camino para dejar que pasen los escritores de la joven Alemania, Goethe se sumerge en el estudio de las literaturas orientales, para ofrecer al mundo el manojito capitoso del *Diván Occidental*, de cuyos acentos surge a la manera de *leit-motiv* la aceptación de la vida con su disolución inevitable y necesaria en nuevas formas. «Pues todo ha de entrar en la nada a fin de poder perseverar en el ser». Y aun le quedará humor para decir, comparándose con los poetas persas de la escuela de Hafiz: «El peor de esos canallas valía más que yo!»

Desde nuestro punto de vista americano, la influencia de Goethe es acaso la menos perceptible de todas las que han moldeado nuestra literatura. A pesar de que Emerson estudió su obra y consideró al Poeta como el alma de su siglo, y pese a las traducciones más o menos afortunadas de algunos rimadores de habla castellana, es muy raro oír su nombre en las discusiones de grupos literarios. A ningún autor célebre se le ha traducido menos a nuestro idioma; ninguno, al parecer, cuyas ideas sean menos familiares a la generalidad. En nuestra Biblioteca Pública, la mayor parte de los libros tocantes a Goethe están sin cortar o no llevan rastros de uso.

Esto se explica por varias razones, entre las cuales sólo apunteremos dos, una de forma y la otra de fondo. En primer lugar, el estilo de Goethe como el de otros poetas del Norte, no se presta al convencionalismo retórico de la poesía castellana aprobada por la Academia.

El estilo de Goethe, apunta Carlyle, es acaso el más excelente que cualquiera literatura moderna pueda presentar. En verso es breve, neto, sencillo y expresivo: en prosa, posiblemente más atrayente aún; conciso y denso a la vez; abundante, claro, natural y melodioso.

¿Cómo poner esa sobriedad y naturalidad de expresión en antiguo verso castellano, sin correr el riesgo de ser acusado de prosaico? De este temor al ripio no hay más que un paso; y de ahí tanta traducción desnaturalizada y banal, no pocas veces con sabor a vino francés aguado y desvanecido. Por otra parte, el espíritu de la poesía germánica, aun de la poesía lírica, admite abstracciones que nuestra imaginación sensual de meridionales puede rara vez seguir y menos sentir.

Pero esto no quiere decir de ningún modo que la influencia de Goethe no se haya hecho sentir en Hispano-América, en la forma indirecta e interpretativa en que el genio llega comúnmente al gran público. Emerson ha sido su intérprete; Rodó un vulgarizador campanudo de su doctrina humanística. Más todavía, han pasado en nuestra América por originales muchos pensadores y propagandistas laicos como Heckel y Guyau, cuya voz noble y pura nos suena al fin de cuentas como un eco del humanista de Weimar.

Ese humanismo, en el más amplio alcance del calificativo, es sin duda lo que impregna de tal vitalidad y simpatía a Goethe pensador. Es el primer pagano de su siglo, a juzgar por su complacencia en la buena mesa y las mujeres hermosas. Le repele en el cristia-

nismo la delectación morosa en la muerte y el sufrimiento, y acusa a Lutero de haber echado con la Reforma, un fardo de responsabilidades demasiado pesado, sobre los hombros del creyente ordinario.

Leyendo de nuevo a Homero, comienzo a darme cuenta del mal indecible que nos ha hecho la fábula judaica. Si jamás hubiésemos conocido los pecados de Sodoma, ni las quimeras de Egipto y Babilonia, Homero seguiría siendo nuestra Biblia. ¡Cuánto no hubiese ganado con ello la humanidad!

Y a alguien que le recuerda que Sófocles, su favorito, no era cristiano, le replica que no deja de ser curioso que el Cristianismo no haya producido ningún Sófocles.

Pero he aquí un pagano cuya Biblia no es la *Odisea*, sino la *Ética* del judío Benito Spinoza. Su panteísmo, como el del bienaventurado filósofo de Amsterdam, está empapado de piedad cristiana, ya que no de humildad. Bajo las formidables baterías dialécticas de Kant y de Hegel, Goethe persiste en su realismo poético, reconociendo la limitación del conocimiento al alcance de las facultades individuales, pero agregando a ello su fe de poeta en las razones e intuiciones del corazón. Para él no hay, sin duda, estudio superior al del hombre, pero siempre dentro de la naturaleza, sin que esto deba tomarse por una negación de la posibilidad de que, en alguna parte o en alguna época, el hombre no pueda ser superado. Su doctrina anuncia al mismo tiempo a Spencer y a Nietzsche.

Por eso, lo menos que hay en la obra copiosa y varia de Goethe es el licor agridulce de la ironía. Su temperamento halla repelente el escepticismo, y si bien es incapaz de la actitud trágica, su admiración por Byron revela que nada le repugna, como no sea la indiferencia y la tibieza. Los años no hacen más que confirmarle en su cristianismo primitivo inconsciente, y en la alegoría metafísica del segundo Fausto, el bien

y el mal alcanzan una zona de conjunción en un Bien superior.

He aquí que nosotros también tocamos con las mismas dificultades que señalábamos más arriba para la difusión del conocimiento directo de Goethe en tierras extranjeras. Para dar una idea comprensiva de su obra, serían menester conocomientos generales y una familiaridad con la lengua alemana que muy pocos poseen en estas latitudes. Después de todo, ¿no le basta al apologista la satisfacción de promover un cierto interés en la lectura de un autor? Poco nos haría avanzar en el conocimiento de Goethe el adoptar el método de la enumeración bibliográfica, barajando a troche-moche los nombres de autores y obras de todas las épocas. Nada sería más contrario al espíritu mismo de Goethe, para quien cada personalidad humana era un «mundo en sí», un sistema espiritual que se regía por sus propias leyes. Así, cuando se resuelve colaborar con su émulo Schiller, se complace en reconocer que, de la oposición de sus temperamentos y lo antagónico de sus principios estéticos, han de germinar frutos excelentes, siempre que cada uno conserve su libertad de expresión.

Cuánto mejor, pues, que para completar estos apuntes, recurramos a las dos fuentes más seguras de documentación sobre la personalidad íntima del escritor: a sus conversaciones y a las anécdotas que de él se cuentan. Aludiendo a lo que indicábamos en las líneas anteriores, es oportuno hacer notar la repugnancia de Goethe por toda labor realizada sin alma, por lo improvisado y lo pedante:

Los autores que llenan de notas el margen inferior de sus libracos—decía Goethe en cierta ocasión,—me recuer-

dan a esas gentes que salen a pasear con un perrillo atado a una cadena. Les resulta imposible ir a ninguna parte a buen paso, porque el animalillo ha de detenerse una y otra vez para levantar la pata con fines que no es propio detallar.

Goethe tenía tres o cuatro años, y vivía en casa de su abuelo materno. Unos chiquillos se paran delante del balcón, y para lucirse, Wolfgang les muestra un servicio de te en miniatura que acaban de regalarle. «¿A qué no tiras uno a la calle?» lo desafían los de la pandilla. «¿A qué sí?» replica el futuro Júpiter germánico. Y uno tras otro, sus platillos y tacitas van a estrellarse en el empedrado. La chusma aplaude, y picado por esas aclamaciones burlonas, Goethe se sube a una silla y comienza a tirarles los hermosos platos de porcelana de su abuelo, hasta dejar vacío el aparador.

Sesenta años más tarde, otra bandada de chicuelos entra con grande alboroto al patio de la quinta donde el glorioso Goethe se halla en vacaciones, y escribiendo, como de costumbre. Alto, erguido, con sus negras pupilas irradiando la llama interior, el poeta sale y les habla en un tono aparentemente severo:

—Eh, qué pasa! ¿Quiénes son ustedes?

La pandilla tumultuosa se calla de repente. El más audaz entre ellos se adelanta, diciendo:

—Somos bandidos.

—¿Dónde está vuestro capitán?

—Lo tienen preso, encerrado en el granero.

—¿Y cómo ustedes, mocetones, pueden quedarse ahí mano sobre mano, sin socorrer a su capitán? ¡A ponerlo en libertad!

Y la cuadrilla envalentonada por el anciano se precipita sobre la puerta del granero y la hace volar en astillas. Goethe sonrío como un buen Dios benévolo, y vuelve a entrar a su cuarto de trabajo.

Cuando Goethe desempeñaba entre otras funciones la de bibliotecario en la Universidad de Iena, hizo cuanto pudo por conseguir de la facultad que se le autorizara para ocupar una sala contigua con el fin de instalar allí la colección de libros donada por el Duque. La corporación discutía y discutía y no llegaba jamás a dar su aprobación al plan de Goethe:

Este llamó un día a un albañil:

—Maestro, le dijo, quisiera saber qué espesor tiene la pared divisoria con el salón de la facultad.

El albañil dió unos cuantos golpes de picota y dejó a la vista un muro de ladrillos de poco espesor.

—Todavía no se ve bien, decía Goethe; unos cuantos golpes más.

Cuando el agujero se agrandó hasta permitir la pasada de un hombre, Goethe dió la orden a sus ayudantes, y toda la colección del Duque de Weimar pasó a tomar posesión del piso del salón de la Facultad.

Bettina von Arnim cuenta que, de veraneo en Marienbad, Goethe y Bethoven salían diariamente de paseo por los alrededores. La oposición de estos dos genios hacía imposible una armonía duradera, siquiera un equilibrio inestable entre ellos. Bethoven era el gran romántico liberal, que había repudiado a Napoleón a seguida de haberse coronar emperador. Goethe era la ponderación de la forma en torno de la libre expansión del espíritu.

Para Bethoven, Goethe debió aparecer a veces como una estatua de mármol griego, apenas entibiada por los soles del siglo XIX. Para Goethe, el músico sordo y huraño, era simplemente un loco más o menos genial.

De vuelta de unos de estos paseos, ven venir en dirección opuesta por el sendero a los archiducos austriacos con su séquito. Inmediatamente Goethe sale

al borde del camino, sombrero en mano e inclinándose en una profunda reverencia, mientras que su compañero se cala el suyo hasta las orejas y se hace abrir calle a su vez por los príncipes que le saludan a su paso.

En la famosa entrevista de Erfurt, Goethe entra a la sala imperial, donde un hombrecito rechoncho y del semblante mate, toma desayuno sentado a una mesa servida para él solo. A su lado se hallan de pie Tayllerrand y algunos mariscales. Goethe espera también de pie, sereno y erguido.

De pronto, Napoleón se levanta y va derecho hacia él. Sus ojos estudian al anciano que tiene delante, le penetran como sondas.

— ¿Qué edad tenéis?

— Sesenta años, sire.

— Estáis muy bien conservado. Sé que sois el primer poeta trágico de Alemania.

Goethe le recuerda generosamente a Schiller y a Wieland. Luego discuten el *Werther*, al que Napoleón critica certeramente. Y refiriéndose al rol que juega el destino en la tragedia moderna, el Emperador dice
La Política, he ahí el verdadero Destino.

Y a espaldas de Goethe, mostrándoselo a uno de sus ayudantes al salir:

— He ahí todo un hombre!

Poco tiempo después, los estados alemanes del sur juntan sus fuerzas a las de Prusia para rechazar a Napoleón. Goethe mantiene su fe en el destino superior del genio.

—Es inútil que queráis hacerle cara, les advierte Goethe a unos patriotas de la Joven Alemania.—El es demasiado fuerte para vosotros.

Y años más tarde, cuando su héroe va rumbo a Santa Helena, ya vencido, y un grupo de nacionalistas le juzgan duramente ante Goethe:

Este les oye por algún tiempo silencioso. Luego dice:

—Dejadme tranquilo a mi Emperador!

Palabras comprensibles en el primer ciudadano de Europa, que se completan con su declaración acerca de la democracia:

Si yo tuviese la desgracia de entrar a la oposición, yo preferiría la violencia de la revolución antes que ser traído y llevado por el círculo de los eternos descontentos. La masa es irremediablemente absurda; su espíritu está falseado, puesto que sólo quiere lo que le gusta, y siempre resulta más cómodo ponerse en lo falso que en la verdad. Esta última requiere que se la penetre sin miedo y se la aplique con rigor. Lo falso, por el contrario, se pega a cualquiera carácter débil, perezoso o insensato, como un barniz con el cual resulta fácil taparlo todo.

La alta conciencia de su dignidad no excluía en Goethe una franca admisión de sus errores. En el curso de la campaña del Rin, estaban de tertulia en el vivac algunos oficiales de Pomerania, a los cuales Goethe tenía encantados con su charla. En el impulso del momento el poeta se puso a disertar sobre artillería, y pronto uno de aquellos rudos prusianos le interrumpió con estas palabras:

—Señor Consejero, ha llegado el momento de decirle

aquello de «zapatero a tus zapatos»!. Mientras usted nos habló de arte, le oímos con gusto y con provecho; pero ahora....

Todos clavaron sus ojos en el gran poeta. Le vieron palidecer, y en seguida ponerse rojo con la tensión de una voluntad que refrenaba sus impulsos. Por último pudo dominarse y habló así:

—Señor oficial, la lección ha sido ruda, lo declaro; pero debo reconocer que tenéis razón. Y a poco rato más, charlaba amistosamente con el hombre que se había atrevido a herir en lo más vivo su amor propio.

Del 20 al 21 de Marzo de 1832, Goethe, viejo de 83 años, se debate en las angustias de la muerte, pero sin resignarse al lecho. Su ayuda de cámara lo conduce del escritorio al sofá, para volverlo luego junto a la mesa de trabajo. Ensayo leer y no puede hacerlo. Por un momento queda bajo el encanto de una alucinación: ve una hermosa cabeza de mujer, de contorno griego, y la celebra con el fervor de un Anacreonte. La imagen de Federica, de Carlota, de Lili, de tantas mujeres que le amaron o que le rehuyeron, debieron pasar en pálida teoría ante sus ojos. Su vida estaba vivida, su obra estaba hecha. Quedaba de él una lección inmarcesible de cultura integral, de perfeccionamiento y de disciplina. Y como atestiguando hasta lo último el vigor de esta vida prodigiosa, su mano siguió trazando sobre los cobertores signos maquinales, indescifrables.
